



La guerra de
LAS BRUJAS

LA MALDICIÓN DE ODI

MAITE CARRANZA

edebé

La guerra de
LAS BRUJAS

LA MALDICIÓN DE ODI

MAITE CARRANZA


edebé

© Maite Carranza, 2007
www.maitecarranza.com

© edebé, 2009
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Dirección editorial: Reina Duarte
Diseño de cubierta: César Farrés y Marc Sala
Fotografía de cubierta: AGE Fotostock

Primera edición en este formato, septiembre 2009

ISBN 978-84-236-9418-1
Depósito Legal: B.????-2009
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosari, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A lo largo de estos últimos tres años he vivido sumergida
en el mundo de los clanes Omar, rodeada de sus tótems,
buceando en sus profecías y absorta en sus luchas.
De esa experiencia han nacido tres libros.*

*Y todo ello ha sido posible gracias a la magia
de una bruja encantadora que me hechizó
con su entusiasmo y su clarividencia y conjuró
los desalientos con su compañía.
A ella quiero dedicarle en primer lugar esta trilogía.*

A Reina, mi bruja madrina.

Y a Júlia, Maurici y Víctor, mi trilogía de carne y hueso.



PRIMERA PARTE: LOS SENTIMIENTOS

*Oro noble de sabias palabras labrado,
destinado a las manos que aún no han nacido,
triste exiliado del mundo por la madre O.*

Ella así lo quiso.

Ella así lo decidió.

*Permanecerás, pues, oculto en las profundidades de la tierra,
hasta que los cielos refuljan y los astros inicien su camino celeste.
Entonces, sólo entonces, la tierra te escupirá de sus entrañas,
acudirás obediente a su mano blanca
y la ungirás de rojo.*

*Fuego y sangre, inseparables,
en el cetro de poder de la madre O.*

*Fuego y sangre para la elegida que poseerá el cetro,
sangre y fuego para la elegida que será poseída por el cetro.*

Profecía de Urébora

1. *El reencuentro*

Un hombre rubio, alto, de ojos azules y manos grandes la abrazó con tanta fuerza que a punto estuvo de ahogarla.

Anaíd no sabía si se ahogaba por falta de aire o por la emoción que la embargaba.

Hacía quince años que soñaba con ese abrazo.

El hombre era su padre. Se llamaba Gunnar y era la primera vez que lo veía.

Cuando los brazos de Gunnar la envolvieron, Anaíd sintió un cosquilleo de bienestar y tuvo deseos de ronronear como su gato Apolo. Entrecerró los ojos, se acurrucó contra su pecho, inmóvil, saboreando el momento, y escuchó los latidos de su corazón, tan desconocidos como su olor a salitre o su acento islandés. Tic, tac, tic, tac, sonaban. Le recordaron a un despertador gigantesco de color verde manzana, y pensó que tener un padre de carne y hueso era una sensación tranquilizadora, como encontrar los zapatos junto a la cama al despertarse o abrir un paraguas bajo la lluvia.

Se avergonzó por comparar a su padre con un paraguas, pero no tuvo tiempo de rectificar y convertirlo en algo más poético, como el viento de levante o un rayo de sol primaveral, porque la voz de Selene rompió el encanto del reencuentro.

—¡Anaíd! —gritó.

Su nombre, pronunciado con un deje de reproche, le decía que estaba haciendo algo malo. Era el mismo tono que su madre utilizaba cuando de niña cogía las patatas fritas con los dedos u olvidaba cerrar la puerta al salir. Fingió no haberla oído, pero Gunnar levantó la mirada y retiró los brazos que la envolvían cálidamente.

—¡Selene! —exclamó con emoción.

Anaíd se sintió repentinamente abandonada y se dio cuenta de la anchura, la profundidad y la intensidad del abrazo que acababa de recibir. De buena gana repetiría.

Selene, en cambio, no quiso probarlo.

—Quieto —se revolvió contra Gunnar.

Y le apuntó con su *atame* para impedir que se acercara.

—Hola, Selene —susurró Gunnar, con una voz ahora tan acariciadora como sus ojos o sus manos.

Era otra forma de abrazarla. Pero Selene, a la defensiva, no se inmutó.

—¿Qué quieres?

No parecían una pareja demasiado bien avenida. Ni siquiera parecían una pareja. Y sin embargo, a pesar de todo, hacían buena pareja. Anaíd pensó que era una lástima que las cosas fueran tan complicadas. Y recordó con nostalgia cómo su madre había caído rendidamente enamorada de su padre la primera vez que lo vio. De eso hacía quince años. Había llovido mucho desde entonces.

—Creía que estabais muertas...

—Pues ya ves que no. Ahora puedes irte.

La voz de Selene, su actitud y sus movimientos eran agresivos.

—Durante mucho tiempo creí que habíais sido devoradas por aquella osa —confesó Gunnar.

Selene replicó tajante:

—El único que quería devorar a su propia hija eras tú.

Para Anaíd aquello fue como un bofetón. ¿Pretendía decir que su padre era incapaz de sentir afecto por ella?

Por suerte, Gunnar no recogió el guante de guerra.

—Anaíd es tal y como la imaginaba en mis sueños.

—¿Sueñas? —inquirió Selene cáusticamente—. Tenía entendido que los Odish no tenáis esa capacidad.

—¡Mamá! ¡Basta ya! —la interrumpió Anaíd.

Le ofendía su belicosidad, pero la irritaba aún más que no aceptase la posibilidad de que su padre hubiera soñado con ella. ¿Acaso se sentía celosa?

—Hay muchas cosas que no sabes, Selene. No tienes ni idea de cómo me he sentido durante todo este tiempo, ni las horas, los meses y los años que he ocupado con tu recuerdo y el de Anaíd.

Anaíd sintió cómo un sorbo de calidez bajaba por su garganta y se expandía por su estómago.

—¿Y por eso mataste a la osa? ¿Para vengar nuestra muerte? —le preguntó impulsivamente.

Gunnar se giró hacia ella. Parecía sincero.

—Lo siento. Después supe que precisamente gracias a la osa sobrevivisteis. Pero si te consuela, tener su piel no alivió mi conciencia.

Selene forzó una risa fabricada para ofender. O eso le pareció a Anaíd.

—¿Conciencia tú? No me hagas reír. ¿Me estás diciendo que tienes conciencia y que te ha remordido durante este tiempo? Esto sí que es una novedad. Creía que los Odish carecáis de conciencia.

Anaíd se molestó. Selene se recreaba excesivamente en la pronunciación de la palabra «Odish». La repetía a posta y silabeaba el sonido fricativo de la «shhh» para hacerlo más estridente. Era una forma como otra de trazar una raya y quedarse a un lado. En su esquema maniqueo, ella

era una Omar pura mientras que Gunnar era un Odish impuro. No había, por tanto, diálogo posible con la otra parte. Gunnar era como un apestado.

¿Pero qué pasaba con ella misma, Anaíd, su propia hija? ¿Acaso no era también hija de un Odish? ¿O no era ni una cosa ni otra?

No obstante, Anaíd no estaba dispuesta a dejar escapar a su padre ni a permitir que su madre lo echara de su vida a la primera de cambio.

—¿Te quedarás a cenar?

El silencio se podía cortar con un cuchillo.

—¿Me estás invitando? —preguntó Gunnar con prudencia.

Y Anaíd se adelantó a Selene cerrándole la boca.

—Claro que sí, eres mi invitado. Quédate a cenar, por favor.

Y esta vez Gunnar no titubeó.

—Gracias, será un placer.

—¿Y te quedarás a dormir?

Selene palideció. Las leyes de la hospitalidad Omar eran sagradas y ni siquiera ella tenía la potestad de negar la mesa y la cama a un invitado.

Gunnar se dio cuenta de su apuro y evitó violentarla.

—Puedo dormir en mi coche o conducir unos kilómetros más hasta Benicarló.

Selene se crispó.

—¡No tenías por qué decirlo!

—¿El qué?

—Anaíd no sabe dónde estamos.

—Te equivocas —la corrigió su hija.

Anaíd lo sabía perfectamente.

Estaban en una pequeña caravana aparcada en medio de un descampado solitario, a pocos kilómetros de la auto-

pista. Las suaves llanuras surcadas de canales de riego que se intuían al oeste, el campo de almendros al norte, el vuelo de alguna gaviota, el lejano fragor de las olas y el aroma de los naranjos en flor, intenso, dulzón, le habían hecho suponer acertadamente que estaban en tierras levantinas.

Selene había querido impedir que su hija adivinase la ruta que seguían desde que partieron de Urt, en el corazón del Pirineo axial. Huían de Baalat, la Odish fenicia, y nadie debía conocer su paradero.

Pero Anaíd no podía sustraerse a su sentido innato de la orientación. Deméter, su abuela, la había acostumbrado a ello desde pequeña y, sin proponérselo, se fijaba en la altura del sol, en su itinerario celeste o en la intensidad de sus rayos. Conocía asimismo las constelaciones nocturnas, que aprendió a contemplar en los cielos fríos de las montañas pirenaicas. Sólo de un vistazo, a través de los vidrios opacos de la caravana, sabía que era medianoche, que iban en dirección sur y que a pocos kilómetros al este se encontraba el Mediterráneo.

Mientras Anaíd reflexionaba sobre ello, se dio cuenta de que Selene, con celeridad, había sacado un objeto de un cajón y se lo ofrecía a Gunnar con un rictus de desprecio.

—Ten, quédatelos. No aceptamos tus regalos.

Anaíd reprimió un grito y le arrebató la caja.

—Son míos, me los regaló a mí.

Eran los pendientes de rubíes que Gunnar le había hecho llegar como regalo en su décimo quinto cumpleaños.

Selene se encaró con su hija.

—Devuélveselos.

Anaíd hubiera querido continuar considerándose neutral, pero no podía. Si le devolvía los pendientes a Gunnar, se posicionaba claramente del lado de Selene. Si se negaba a devolvérselos, se decantaba por Gunnar.

—Mamá, no me obligues...

Pero Selene estaba fuera de sí.

—Te estoy ordenando que los devuelvas. ¡Yo se los devolví!

Anaíd tomó aire y lo expulsó para darse fuerzas. Era cierto, pero la actitud de Selene la inclinó por Gunnar.

—Tú los rechazaste, pero yo no. Me los quedo.

Y sin saber de dónde provenía su osadía, tuvo el descaro de tantear su lóbulo izquierdo, tomar un pendiente entre el índice y el pulgar, y horadar con la joya puntiaguda la fina piel que cubría su orificio, pues hacía mucho tiempo que no usaba pendientes y se le había cerrado el agujero. Sintió un pinchazo agudo al desgarrarse la carne, pero no dejó escapar ni un grito y sostuvo durante todo el rato la mirada a Selene, como en un duelo.

Una gota caliente salpicó su camiseta. Era sangre. Sangre roja, como el rubí engarzado en oro que tintineaba sobre su hombro. Selene, incrédula, limpió con su dedo la mancha de sangre mientras Gunnar tomaba con sumo cuidado el otro pendiente y lo colocaba con pericia en la oreja derecha de su hija. Fuese magia o habilidad, Anaíd esa vez apenas notó el chasquido de la piel.

Gunnar la sujetó por los hombros y la estudió como se estudia a una obra de arte. Al final sonrió abiertamente, una sonrisa tan acogedora como sus brazos.

—Estás preciosa.

Selene no pudo soportarlo. Retiró las manos de Gunnar que rozaban el cuello de Anaíd y la agarró interrogándola con vehemencia, como era su estilo:

—¿Sabes de dónde han salido estos pendientes?

Anaíd le respondió sin titubear.

—Del cofre de joyas que poseía la dama de hielo. Tú misma me lo contaste.

Selene se exasperó.

—La Odish más poderosa del hemisferio norte.

Anaíd ladeó la cabeza ante ella, haciendo que el reflejo rojizo de los rubíes hiriese la retina de Selene.

—Mi abuela —respondió con aplomo.

Selene, enfurruñada, salió de la caravana dando un fuerte portazo.

—¡Espera! —gritó Gunnar en vano—. ¡Es peligroso salir sola!

E hizo el gesto de ir a buscarla, pero Anaíd lo retuvo tomándolo del brazo.

—Déjala. No te va a hacer caso.

Y era cierto. Selene pertenecía a la raza de los cabezotas. Si bien, no era menos cierto que Anaíd quería estar a solas con Gunnar y saborear una victoria pírrica, el triunfo del primer pulso que mantenía con su madre.

—¿Te gustan los huevos fritos?

—Me encantan —sonrió Gunnar.

—Es lo único que sé hacer —confesó pensando que a un padre se le pueden confesar ese tipo de cosas sin riesgo de quedar mal para siempre.

Luego resultó que no había más que un huevo y que ese huevo se reventó en las inexpertas manos de la cocinera antes de caer en la sartén. Así que Anaíd se quedó con las ganas de agasajar a su padre: la pequeña nevera ofrecía una imagen tan desoladora como el desierto de Arizona.

Con un poco de imaginación, por fin apañaron una ensalada de tomate y atún, frieron unas croquetas congeladas de pollo y pelaron una manzana cortándola en pedacitos, que pretendían ser artísticos, para luego decorarla con miel.

Y en el mismo momento en el que Anaíd colocaba los

vasos sobre la pequeña mesa de fórmica, el móvil de Selene, abandonado sobre una silla, comenzó a vibrar. Acababa de recibir un mensaje y Anaíd, sin dudarlo, lo abrió. Creía que se trataba de algún aviso de Elena. Quizá fue por eso, por su necesidad de saber de Roc y por la falta de contacto con el exterior a la que la había condenado Selene... El caso es que la curiosidad pudo más que la prudencia, leyó el mensaje y se quedó tan asombrada que el vaso de vidrio que sostenía en una mano cayó al suelo y se hizo añicos.

—¿Qué pasa? —preguntó inmediatamente Gunnar, acudiendo a su lado y cerciorándose de que no se hubiera cortado.

Ella apenas podía hablar. Sólo balbuceó incoherentemente:

—Es Baalat. Es ella. Me persigue.

Y tendió el móvil a su padre, que leyó el mensaje con el entrecejo fruncido.

Anaíd, t stoy bskando, vengo de muy lejos pra vrte, t adoro y slo kiero tnerte cerca, muy cerca. Lmame, dne algo, porfa. Dácil.

Gunnar parecía tan inquieto como Anaíd. Consultó el buzón de mensajería y lo mostró a Anaíd.

—No es el primero. Por lo que parece, te ha estado bombardeando.

Anaíd aún se quedó más desorientada.

—Selene no me ha dicho nada.

—Para no asustarte —la justificó Gunnar.

—¿Por qué la defiendes? Tengo derecho a saber quién me persigue.

Gunnar borró el mensaje con un clic seco y dejó el móvil sobre la silla donde se encontraba minutos antes.

—Vamos a hacer una cosa. Vamos a olvidarnos de lo que pueda haber por ahí fuera y vamos a pasar una velada agradable, tu madre, tú y yo. ¿De acuerdo?

Anaíd asintió. Le gustaba tener un padre que le transmitiese calma, seguridad, y que pusiese un poco de orden en su vida. Selene era demasiado caótica.

—Anda, avisa a tu madre de que la cena está lista..., si no se la ha cenado Baalat a ella.

Anaíd contempló su discreta obra de arte gastronómica y se entristeció. La manzana, que antes era blanca y hermosa, se había oxidado y se había ido oscureciendo hasta quedar casi negra, como el humor de Selene, que apareció en ese preciso instante y les agrió la cena.

La primera cena en familia de la vida de Anaíd fue deprimente.

Selene estaba dispuesta a reventar la celebración y, aunque Gunnar intentaba solventar los pequeños inconvenientes, Selene no hacía más que acentuarlos.

—No has aliñado la ensalada.

—No había vinagre.

—Así está deliciosa.

—Una ensalada sin vinagre es como un gazpacho sin tomate.

—Mamá, por favor, fuiste tú quien olvidó comprarlo.

—Yo no invité a nadie a compartir una ensalada insípida.

—Me gusta de todas formas. La ha preparado Anaíd.

—¿Te das cuenta, Anaíd? Primero intentará ganar tu confianza. Luego hará lo que quiera contigo.

—Sólo ha dicho que le gusta mi ensalada.

—A mí me dijo que le gustaban mis ojos.

—No es lo mismo.

—Es un Odish, es un brujo, es el hijo de la dama de hielo.

—¡Es mi padre!

—Eso es un accidente.

—No es cierto: tú te enamoraste de él, soy vuestra hija.

—Podrías ser hija de cualquiera.

—¡Mentira!

—Te expliqué lo que nos hizo, ¿qué más quieres saber?

—Lo que él piensa.

—¿De qué?

—De vuestra historia.

—No, eso sí que no. ¡Te engañaría!

—¿Por qué?

—Porque es su estilo. ¿No lo comprendes? Engañó a Meritxell, me engañó a mí y te engañará a ti.

—Y quieres protegerme, ¿no?

—Eso es.

Gunnar, asombrado y algo aturdido por el rapidísimo diálogo que mantenían madre e hija en su presencia ignorándolo olímpicamente, carraspeó.

—¿Puedo hablar?

—No —saltó Selene.

—Sí —la contradijo Anaíd.

—Me gustaría explicar mi versión —insistió Gunnar manteniendo las formas.

—¿Tu versión de qué? ¿De tus mentiras? —le reprochó Selene.

Gunnar abandonó su actitud conmisericordiosa y se puso repentinamente serio. De pronto Anaíd comprendió que, tras esa apariencia amable y condescendiente, se escondía una dureza de pedernal.

Gunnar fijó sus ojos en Selene, con determinación.

—Voy a hablar, te guste o no.

Ambas sintieron el empuje de su voluntad y Selene permaneció muda. Anaíd, fascinada por la fuerza silencio-

sa de los ojos acerados de Gunnar, los que ella había heredado sin saberlo, se fijó en algo que al principio no le había llamado la atención: su padre tenía arrugas. En el rostro bronceado y bajo sus pómulos angulosos, se marcaban perfectamente los surcos nasales, ahondando los trazos germánicos y endureciéndolos. Su expresión era mucho más curtida que la que su madre le describió en sus recuerdos. Su entrecejo fruncido, la fina red de telarañas alrededor de sus ojos azules y, sobre todo, esa severidad amable que le confería el cabello entrecano. Ahora que lo tenía tan cerca, se daba cuenta de que las sienes de Gunnar blanqueaban apenas imperceptiblemente.

No, no era posible. Gunnar, según su madre, aparentaba unos veinticinco años a lo sumo. Gunnar fue el joven rey Olav, conquistador de tierras y de bellas vikingas escaldas. Gunnar fue el joven marino Ingar, que traía locas a las chicas y abría las botellas de cerveza con los dientes, en compañía de su pendenciero amigo Kristian Mo. En cambio, este hombre que se sentaba junto a ellas, a pesar de su fortaleza, su energía y su buena forma física, se acercaba a la cuarentena.

—¿Y tu eterna juventud? ¿No eras inmortal? —preguntó Anaíd, incapaz de mantener la boca cerrada ante un descubrimiento de esa índole.

Gunnar respondió fijando la vista en Selene:

—Hace tiempo que opté por la mortalidad.

Selene se mordió el labio. Ella se había dado cuenta inmediatamente del cambio de Gunnar, pero no había mencionado ni una palabra al respecto.

—Es una apariencia, Anaíd, no le hagas caso. Es un brujo y nos hará creer lo que le convenga.

Anaíd no la escuchó.

—¿Cuándo decidiste ser mortal?

—Hace quince años —respondió gravemente Gunnar.

—¿Cuando creíste que habíamos muerto?

Los ojos de Gunnar se nublaron y su mirada retrocedió en el tiempo.

—Antes de que tú nacieses. ¿Te acuerdas, Selene?

Selene levantó lentamente la cabeza, como si lo hiciera al dictado de las palabras de Gunnar, pero continuaba amparada en su terquedad.

—No me acuerdo de nada.

—Lástima. Yo sí que lo recuerdo. Cuando te conocí, eras una bruja Omar preciosa, y no has cambiado: los ojos verdes, las piernas largas, la misma melena enmarañada y esa forma extravagante tan tuya de vestir. Pero lo que me llamó la atención de ti fue tu rebeldía. Eras deliciosamente impulsiva, capaz de capitanear una revolución, embarcarte a la conquista de las estrellas o jurar amor eterno con una voz sincera y vibrante que volvía loco al más cuerdo. No me extraña que los jóvenes de tu edad no se atrevieran a abordarte. Eras una bomba. Y aunque no te lo creas, me enamoré de ti como un tonto.

Selene permanecía impasible y Anaíd no podía comprender cómo ante tamaña declaración de amor alguien pudiese aparentar indiferencia. Las hermosas palabras de Gunnar la habían conmovido. Si Roc le dijese una sola de las cosas que Gunnar le acababa de decir a su madre..., se desmayaría. Selene en cambio ladró:

—¡Me engañaste! No me dijiste que eras un Odish ni que tu madre era la dama blanca.

—Tú me engañaste a mí. No me dijiste que eras una bruja Omar y que tu madre, la gran Deméter, era la matriarca de las tribus de Occidente.

Selene se revolvió.

—Yo no tenía ningún plan para utilizarte.

—Ni yo.

—¡Mentira! Me utilizaste para concebir a Anaíd, la elegida.

—Selene, déjame hablar.

Anaíd intervino y, por segunda vez durante esa noche, abogó en favor de su padre.

—Mamá, por favor. Te he escuchado a ti explicar tu historia. Deja hablar a mi padre y que explique la suya.

Fuese por la contundencia de Anaíd o por la suave firmeza de Gunnar, Selene calló.

Gunnar se sirvió un poco de vino y comenzó a hablar. La voz le temblaba y, si no era cierta su emoción, sabía fingirla muy bien. Su relato conmovió a Anaíd.

—No os podéis imaginar lo que significa vivir más de mil años... El paso del tiempo es implacable. Los paisajes, las casas y sobre todo las personas acaban desapareciendo. Todo se transforma y todo se pierde. Al principio, en mi juventud, quise comprometerme con el mundo, mi mundo, y por eso me volqué en el deber de procurar que mi magia sirviese a la vida de los hombres y mujeres de mi pueblo del norte. Me hice poderoso y mandé construir casas de piedra, calafatear grandes embarcaciones y fletarlas mar adentro, para conquistar territorios que luego anexionaba a mi reino. Me enorgullecía cuando los barcos regresaban cargados de telas, especias, semillas y joyas que hacían felices a mi gente. Fui Olav, un rey vikingo de los fiordos noruegos. Comandé expediciones, compuse versos y me permití enamorarme de la bella escalda Helga. Pero al morir ella, al ver envejecer a mis hijos y después verlos morir a su vez, me hundí y me aislé en un castillo. Allí viví encerrado por espacio de siglos y, desde las almenas de la torre, vi echarse a perder mis tierras, vi a mis súbditos convertidos en vasallos y esclavos de otros pueblos, y vi los paisajes que tanto amaba arrasados por el fuego y la

guerra. Juré que nunca más me sucedería. Y desde entonces vagué de un lugar a otro sin echar raíces, amparado en el desapego más absoluto, sin encariñarme con nada ni con nadie, sobreviviendo sin más. Fui mercenario, explorador y marinero. A veces me quedaba unos años en algún lugar remoto, aprendía una lengua y un oficio, lo desempeñaba y luego volvía a partir.

Anaíd se estremeció. Nunca se le hubiera ocurrido que el desamor y el desarraigo fuesen simplemente estrategias para evitar el dolor. A lo mejor, los que creía insensibles eran simplemente personas heridas. Así pues, ¿las Odish también tenían sentimientos? Un enigma difícil de resolver. Al fin y al cabo Gunnar era sólo hijo de una Odish.

—Hasta que mi madre me reclamó para concebir a la elegida. Ése era mi destino. Lo había estado esperando durante más de mil años. Me trasladé a Barcelona convertido en un estudiante islandés. Hace quince años Barcelona era una ciudad junto al mar en la que se podía pasear a cualquier hora por sus Ramblas arboladas de plátanos, una calle flanqueada de flores y repleta de muchedumbres excéntricas. En las noches de verano, bochornosas, uno podía emborracharse de vino y música y recibir el amanecer comiendo churros con chocolate y contemplando las delirantes torres de Gaudí, un loco genial. Era mi momento, por fin había llegado la hora de cumplir con mi misión para poder ser libre de una vez y hacer con mi vida lo que quisiese sin rendir cuentas a nadie.

—¿Desde cuándo lo sabías? —saltó Selene.

—¿El qué?

—Tu destino.

—Desde siempre. Cristine me lo repitió hasta la saciedad. Mi única razón de existir era ser el padre de la elegida. Por eso nací. Ninguna otra Odish tiene hijos.

Anaíd se horrorizó. No era la única que se sentía obligada por el peso de un destino difícil de sobrellevar. Sus propios padres habían pasado por ello.

—Pobre Gunnar —musitó Selene—. Qué pena me das. Tenías que enamorar a una chiquilla ingenua, como Meritxell, y dejarla embarazada. Qué difícil.

—Y sabes que no lo hice.

—¿Ah, no?

—En cuanto te conocí, me negué a continuar representando ese papel.

Selene parpadeó por un instante. Fue un desconcierto momentáneo. Enseguida replicó:

—No es cierto. Te quedaste con ella.

Gunnar habló lentamente.

—Sabes que no es verdad. Sabes que la misma noche en que te conocí y nos besamos sobre el césped del campus, y accedí a acompañarte a casa, me comprometí contigo. ¿Te acuerdas de esa noche?

Selene tragó saliva y negó con la cabeza.

—Vagamente.

—¿Qué te dije esa noche, Selene?

—No me acuerdo.

—Te acuerdas. Y yo recuerdo que tú me prometiste que me querrías siempre, pasase lo que pasase.

—No recuerdo nada.

Anaíd se indignó. Su madre le había narrado el episodio con pelos y señales y hasta confesó que hizo beber una pócima de amor a Gunnar.

—¡Te conquistó con magia Omar!

—No hacía falta. Yo ya me había decidido... —replicó Gunnar sin retirar su mirada de los párpados de Selene, que mantenía los ojos bajos.

—Continuaste con Meritxell...

—Tú me lo pediste.

—Pero luego...

—Luego decidí ser honesto y creí que Meritxell estaba realmente embarazada.

Selene se puso en pie, tan alta como era, y adelantó un dedo acusador contra Gunnar.

—Da lo mismo. Me traicionaste, me llevaste hasta tu madre para entregarle a Anaíd. Me hubieras abandonado. Nunca te lo perdonaré. ¡Nunca, nunca!

Y súbitamente aquejada por un acceso de llanto, abandonó violentamente la caravana. Todo se tambaleó a su paso. Selene salió con la fuerza de un huracán y pasaron unos instantes hasta que los objetos y los nervios recuperaron su compostura.

Anaíd se sintió obligada a disculparla, como si aquella mujer fuera su hija y no su madre.

—Lo siento, es así.

Gunnar rompió en una carcajada.

—Lo sé, la conocí antes que tú.

—¿Y decidiste renunciar a la inmortalidad por amor a mi madre?

—Más o menos.

—Explícamelo.

Anaíd miró fugazmente a través de la ventanilla. Fuera se vislumbraba la silueta inquieta de Selene, incapaz de escuchar una versión diferente de su propia historia. Se la había repetido tantas veces en silencio, que había acabado por sacralizarla y convertirse en una fanática de su propio mito victimista.

En cambio Gunnar le parecía más humilde, quizá por saber reconocer sus errores.

—Ya conoces el principio de la historia. Meritxell era la designada por la profecía para convertirse en madre

de la elegida, y yo estaba con ella cuando conocí a Selene en una fiesta de Carnaval. Fue un amor a primera vista, que podría haber rechazado. Pero no quise. Había encontrado a la mujer que había estado esperando durante mil años. Lo tuve claro y por eso peleé con mi madre. No quise continuar adelante con Meritxell ni con mi destino.

Anaíd asintió.

—Sin embargo, ya ves, el destino condujo a Meritxell a la muerte e hizo que Selene apareciese como principal sospechosa. Y tuvimos que huir. Fuimos hacia el Norte creyendo que sería un lugar seguro, pero me equivoqué. Cuanto más nos acercábamos a las tierras que gobernaba mi madre, más fuerte era su poder y más débil me sentía yo para resistirme. Porque lo que no sabía Selene es que durante ese viaje renuncié a mi inmortalidad y a mis poderes.

—¿Cuándo? —preguntó Anaíd.

—La noche del solsticio, en el monte Domen. Allí, en la cima del monte maldito de las Omar, utilicé por última vez mi magia y me juramenté con los espíritus para ser simplemente un mortal. Cuando bajé del monte Domen, era ya un hombre de carne y hueso. Por supuesto Cristine, mi madre, no me lo perdonó, y comenzó a importunarme y a exigirme que me presentase ante ella para rendirle cuentas sobre mi decisión. Cuando descubrí el embarazo de Selene y ella quiso acompañarme al Norte todo se complicó. Entonces ni siquiera podía imaginarme que tú, mi hija, serías la elegida. Ya me había olvidado de mi destino, convencido de que ese episodio había quedado atrás. Me equivocaba de nuevo.

Anaíd se compadeció de ese padre desconocido que se había equivocado tantas veces.

—Yo sólo quería ser un mortal y envejecer con Selene. Criaríamos juntos a nuestros hijos y no los vería morir. Pero ser mortal tenía sus limitaciones: descubrí, conster-

nado, que no podía defender a tu madre de los ataques de Baalat, y supe que, si yo moría durante el viaje al Norte, Selene también moriría, porque sería incapaz de sobrevivir sola. Hubiera querido separar las cosas: mi vida, mi familia y mis afectos a un lado; y mi deber, mi pasado y mi antigua condición de Odish a otro. Sin embargo, todo estaba entrelazado en nuestra historia y Selene, tozuda, se empeñó en acompañarme. Sencillamente, no tuve valor para dejarla sola y embarazada en Islandia, expuesta a los ataques de Baalat. Intenté confiarla a las Omar del clan de la yegua, pero ella se negó y no me quedó más remedio que pedir protección a la dama blanca, a Cristine, tu abuela. ¿Lo comprendes, hija? Si ella no nos hubiera protegido de Baalat, tú no existirías. Yo, sin embargo, puse mis condiciones: nunca te entregaría a Cristine.

—¿Y por qué desarmaste a Selene y le hiciste creer que era tu prisionera? —le reprochó Anaíd.

—Selene podía hablar con los espíritus gracias a tu sangre y, cuando se enteró de quién era hijo, se alejó de mí y me consideró su enemigo. Noté cómo se encerraba en sí misma y se blindaba. No me quedó más remedio que vigilarla y privarla de sus armas. Ella lo malinterpretó como una amenaza y huyó de mí. Yo os hubiera defendido y os hubiera llevado de regreso al mundo civilizado para formar una familia.

—¿Y la osa? Si ya no eras Odish ni estabas a las órdenes de Cristine, ¿por qué la temías? ¿Por qué la odiabas? —insistió Anaíd.

—Era una antigua enemiga con la que sostuve un duro combate años atrás. Creía que me buscaba a mí y que pretendía vengarse con los míos.

Anaíd lo creyó sin una sombra de duda. Sus palabras le sonaron sinceras, sus explicaciones eran lógicas y todo encajaba.

—¿Qué hiciste cuando pensaste que estábamos muertas?

—Maté a la osa. Estaba ciego de ira y, en cuanto me recuperé de mis heridas, me lancé a su persecución. Como ya no tenía mis poderes, por primera vez estuve en dificultades: tras la cacería se me infectaron las heridas y pasé semanas debatiéndome entre la vida y la muerte.

—¿Y no se te ocurrió ni por un momento que pudiésemos estar vivas?

—Era imposible. Absurdo.

Anaíd reconoció el mérito de su madre, por entonces una muchacha de dieciocho años, que la parió sola en medio de los hielos, se alimentó de hígado de foca crudo y viajó con una osa y una perra por las estepas.

—Fue gracias a Selene y su coraje.

—Y a la magia Omar. Sin la protección de la osa madre y sin la magia de Aruk, el espíritu, tú y tu madre habríais muerto. El frío, el hambre o los depredadores habrían acabado con vosotras. Conozco muy bien el Ártico. No perdona.

—¿Y Cristine? ¿No te dijo que estábamos vivas?

Gunnar movió la cabeza con desagrado.

—No quise saber nunca más de ella. Después de matar a la osa, me enrolé en un mercante en el puerto de Gothab y pasé catorce años navegando y envejeciendo. Una sensación maravillosa aunque triste. Era el único consuelo de que mi pena no duraría siempre porque acabaría conmigo, cuando muriese.

—¿Y cómo te enteraste de nuestro paradero? —quiso saber Anaíd.

—Mi madre, Cristine, despertó de su letargo el día en que murió Deméter. El sortilegio de tu abuela Omar, que había embrujado a tu abuela Odish, desapareció con su último aliento. Cristine volvió a la vida, te buscó y te encon-

tró. Era la única Odish que sabía la verdad acerca de tu naturaleza. Las otras se dejaron engañar por Selene y el reclamo de su pelo rojo.

—¿Y tú?

—Me negué a contestar a la llamada de mi madre al principio, pero ya la conoces, fue insistente y envió un mensaje hasta mi barco. Una gaviota depositó sobre mi petate un mechón de pelo rojo. Pertenece a un bebé, era un pelo suave, infantil. Comprendí que mi hija estaba viva y desembarqué en el primer puerto que tuve ocasión. Fue en una isla indonesia. Me costó un tiempo llegar hasta Urt y, cuando llegué, lamentablemente, ya era tarde. Selene y tú habíais desaparecido.

—¿Estuviste en Urt?

—Sí.

Anaíd se llevó la mano al pecho. ¡Su padre había estado en Urt! Cuánto le hubiera gustado que Selene escuchase esa historia. Y en ese mismo momento, atendiendo a su petición, se abrió la puerta y apareció Selene, cansada de llorar y aterida de frío, pero serena.

Gunnar calló y esperó a que tomase asiento sin dejar de seguirla con la mirada.

Anaíd pensó que tal vez había sido él quien la había llamado telepáticamente. Se entendían sin palabras y las personas que han estado muy unidas pueden recuperar esa comunión sin darse cuenta, con naturalidad.

Gunnar la estaba esperando y se dirigió a ella cuando continuó su relato:

—Estuve en Urt, pregunté por vosotras y me remitieron a un hombre llamado Max. Fui a verle.

Anaíd se quedó pasmada y Selene se recompuso inmediatamente.

—¿Qué te dijo?

—Que ibais a casaros.

Selene apretó la mandíbula y movió la cabeza afirmativamente.

—Ahora ya lo sabes.

Anaíd, sin embargo, no lo sabía. Se quedó de piedra.

—Eso no me lo dijiste... ¡Ni siquiera me lo presentaste!

Selene se dirigió a Anaíd.

—No quería correr riesgos.

—No, no puede ser —balbuceó Anaíd, recordando una breve entrevista que mantuvo con Max y en la que se cayeron mal mutuamente porque ninguno de los dos estaba informado de la existencia del otro—. Ese tipo era, era, era... un estúpido.

Selene la retó.

—Soy yo quien escojo a mis pretendientes y no tú.

Gunnar tomó a Selene de las manos y aunque Selene intentó desasirse él no la dejó. Las manos de Gunnar eran grandes, fuertes, y cuando deseaban algo, lo cogían sin más. Tenía a Selene y no la soltaba.

—¿Le quieres?

Selene respiró agitada.

—No responderé a un interrogatorio.

Pero Gunnar apretó más fuerte sus manos y la obligó a levantar la vista.

—No te puedo decir que te he estado esperando, porque creía que estabas muerta, pero he soñado contigo cada noche de estos quince años. Te quiero, Selene, ¿y tú? ¿Me quieres todavía?

Selene aguantó el embate de aquellos ojos acerados, respiró profundamente y tomó fuerzas. Luego escupió las palabras con rabia, una a una, contra la cara de Gunnar:

—Quiero a Max y me casaré con él.

Anaíd se indignó con su madre.

—Lo dices para herirle, no le quieres, ese Max no vale nada y...

Pero Gunnar soltó a Selene con tristeza y levantó las manos en señal de buena voluntad.

—Es tu decisión, Selene, eres libre.

Anaíd, dolida al ver que su padre abandonaba su propósito a la primera de cambio, insistió:

—Pero tú nos has estado esperando todo este tiempo, has soñado con nosotras, has esperado este momento para tener una familia y no perderla como te había ocurrido tantas veces... No es justo.

Gunnar la atrajo hacia él y la abrazó.

—Ahora que te he encontrado, no te dejaré.

Selene chasqueó la lengua.

—Estupendo, magnífica representación teatral del viajero que sueña con su antiguo amor y su bonita hija. Conmovedor.

El sarcasmo le dolió a Anaíd.

—Es mi padre y lo será siempre. ¿Por qué eres tan rencorosa? ¿No sabes perdonar?

Selene aplaudió irónicamente a Gunnar.

—Lo dicho: ¡estupendo! Ya la tienes de tu parte. Quince años sin saber siquiera que existías y en unas pocas horas te metes a tu hija en el bolsillo y consigues que se enamore de ti y que, de paso, me reproche toda mi vida. Fantástico.

Anaíd no la escuchaba. Selene le parecía una egoísta, rencorosa e injusta. Le negaba lo que más deseaba en ese instante: una familia unida.

Selene continuaba hablando, hiriente.

—Un psicodrama de manual. El padre regresa al hogar, pide un plato, una cama y ofrece amor y bienestar. Pero la vida no es así. Los cuentos que te explicaba Deméter no

existen. A tu abuela la mataron las Odish y Gunnar fue, ha sido y continúa siendo un Odish. Somos enemigos irreconciliables. Lo que es bueno para unos no puede serlo para otros. ¿Lo entiendes? Me da igual, aunque no lo entiendas.

Selene ignoraba que, a pesar de que su discurso era honesto y coherente, cada palabra que salía de su boca empujaba unos centímetros más a Anaíd hacia los brazos de Gunnar y la hacía dudar sobre su naturaleza, puesto que era medio Odish. Selene, en cambio, desde su arrogancia de Omar pura, estaba lejos, muy lejos de comprender cómo se sentían los que descubren en su interior el germen de la oscuridad sin haberlo buscado.

—Y ahora ya puedes marcharte —concluyó Selene, de nuevo ajena a la empatía de su hija.

—No me iré —manifestó Gunnar.

Selene estaba perpleja.

—Te he dicho que mi respuesta es no. No te quiero y no quiero verte más.

—No he venido solamente por ti. No voy a dejar a Anaíd expuesta otra vez a Baalat.

Selene se irritó.

—Eso es una excusa. Lárgate.

—No es ninguna excusa. Baalat está ahí fuera y ni Anaíd ni tú podéis detenerla, de momento.

Anaíd no pudo callar lo que sabía.

—Ha estado enviando mensajes y no me habías dicho nada.

Selene palideció.

—¿Habéis hurgado en mi móvil?

—Recibiste un mensaje de Baalat dirigido a mí. ¿Desde cuándo intenta ponerse en comunicación conmigo?

—la acorraló Anaíd.

Selene justificó su silencio.

—No quería que lo leyese. Quizá le habrías infundido fuerzas.

—¿Por qué no borraste los mensajes entonces?

—Por si nos podían servir de alguna pista, de algún indicio. Pensaba enviárselos a Elena para que hallase la manera de interceptarla.

Gunnar se inquietó.

—¿Has notado algo al salir fuera?

Y al preguntarlo abrió la puerta de la caravana indagando en el silencio de la oscuridad.

La noche, antes estrellada, se había tornado tenebrosa. Anaíd sintió un escalofrío y le pareció ver una sombra cubriendo los campos de almendros. ¿Era sugestión o estaban cambiando la luz y la textura del paisaje? A duras penas conseguía distinguir las flores amarillas de la retama que crecían junto a los matorrales. Cuando salió con Selene a dar un paseo se fijó en que las flores, abiertas, bañadas por la suave luz de la luna en cuarto menguante, refulgían como perlas doradas. Ahora algo sucedía y tan sólo la presencia de Gunnar la tranquilizaba.

Selene, sin embargo, no se rendía a las evidencias.

—¿De qué nos vas a servir, Gunnar? ¿No renunciaste a tus poderes?

—No invoco la magia, pero conozco las artes de la lucha. Fui un *berseker* y tuve tropas leales.

Selene chasqueó los dedos.

—No necesitamos tu valor. Tenemos a Yusuf Ben Tashfin, un guerrero almorávide dispuesto a convocar a su ejército de guerreros muertos.

Anaíd intervino con contundencia.

—No estamos en condiciones de rechazar ninguna ayuda, mamá.

Y aunque dijo «mamá», lo dijo con autoridad. Selene se dio media vuelta y se sentó en la litera, concediéndose una tregua.

—Haz lo que quieras. Luego no digas que no te avisé.

Anaíd cogió a Gunnar de la mano y lo arrastró al interior del cubículo.

—Quédate, por favor. No le hagas caso.

La caravana era pequeña, pero también resultó suficientemente grande para que tres cuerpos quedaran distanciados entre ellos. A pesar de que oían perfectamente el sonido regular de sus respiraciones y hasta percibían el calor ajeno, cada uno de ellos se sumió en sus pensamientos, en sus mundos privados.

Anaíd frotó su anillo de esmeralda y Ben Tashfin, el espíritu servicial que convocaba con ese simple gesto, se materializó y se inclinó ante ella.

—Vigilaré por vos, mi señora, descansad tranquila.

Selene y Gunnar ni siquiera parpadearon y Anaíd se dio cuenta de que no podían ver ni oír al espíritu.

Saberse más poderosa que sus propios padres no la consoló en absoluto.

¿Qué clase de familia eran? Una Omar, un Odish y... su hija. Los tres vértices de un triángulo de afiladas aristas.

Una extraña familia.